

Entre las montañas del Valais y á orillas del lago Lemán habíase constituido durante el siglo IX una poderosa dinastía local (1): Conrado, sobrino de la emperatriz Judith y hermano de Hugo *el Abad*, había obtenido allí la abadía de Saint-Maurice de Agaune, con el gobierno de las tres diócesis de Sión, de Lausanne y de Ginebra, y el título de «duque de los territorios jurásicos.» Su hijo Rodolfo fué coronado rey en 888, en Saint-Maurice, por una asamblea de magnates y de obispos, y extendió su dominación por las comarcas vecinas, siendo reconocido en Friburgo, en Neuchatel y en Basilea. El Aar marcaba seguramente el límite oriental de sus Estados por el lado de Alemania. Conquistó asimismo Besanzón, cuyo arzobispo fué su canciller, y atravesó los Alpes, y el valle de Aosta, que siempre había pertenecido á los francos, dependió de su reino. Su hijo Rodolfo II, que le sucedió en 911, reunió á estas posesiones el reino de Provenza y fué de esta suerte dueño de un vasto Estado en el valle del Ródano.

El reino de Provenza (2) era el antiguo reino de Bosón (3), el cual había fallecido en 7 de enero de 887 sin que nadie se cuidara, durante tres años, de darle sucesor. Los documentos oficiales de estas regiones llevan, durante este tiempo, la fórmula ordinaria de los interregnos: «Después de la muerte de Carlos, después de la muerte de Carlos,» es decir, de Carlos *el Gordo*. Frecuentes disturbios agitaron aquel territorio, en donde los invasores extranjeros penetraron sin obstáculo alguno, y entonces los magnates se acordaron de que Bosón había dejado un hijo, Luis, á quien eligieron rey á fines de 890 en una asamblea celebrada en Valence. No tuvo, sin embargo, su reino la misma extensión que el de Bosón, pues si bien comprendía la Provenza, el Viennois, la diócesis de Grenoble y la Saboya, el rey de la Francia occidental se retuvo Macón y Chalon-sur-Saone; además, ya hemos visto que en la diócesis de Besanzón y en Suiza se estableció una nueva dinastía. Luis buscó fortuna en Italia, en donde se ciñó la corona real y la imperial (902), pero más tarde cayó en poder de Berenger, que le hizo arrancar los ojos. A su muerte, acaecida en 928, Hugo, conde de Vienne y marqués de Provenza, gobernó el reino de este último nombre sin tomar el título de rey, cediéndolo en 933 á Rodolfo II de Borgoña, á fin de quedar en libertad de acción en Italia, por haber los italianos llamado á Rodolfo contra Berenger y luego á Hugo contra Rodolfo. A partir de esta fecha, Rodolfo reinó desde Basilea hasta Arlés, en toda la cuenca del Doubs y del Ródano, y de esta suerte nació, por la unión de los dos Estados, un gran reino que tuvo una existencia independiente

rena, que corresponde casi á las antiguas provincias de Lorena y de los Tres Obispos. Cada ducado tuvo sus jefes particulares cuya autoridad era, sin embargo, atacada por los obispos, los abades y numerosas familias condales ó señoriales.

(1) T. Dufour, *Etude sur la diplomatie royale de la Bourgogne juranne* en las «Positions de thèse de l'Ecole des Chartes,» 1873; Trog, *Rudolf I und Rudolf II von Hochburgund*, Basilea, 1887; Blümcke, *Burgund unter Rudolf III und der Heimfall der burgundischen Krone an Kaiser Konrad II*, Greifswald, 1869.

(2) Todas las cuestiones relativas al reino de Provenza la trata Poupardin en *Le royaume de Provence sous les Carolingiens*, 1901, en la «Bibliothèque de l'Ecole des Hautes-Etudes» (fascículo 131). Véanse las observaciones de M. Pablo Fournier en los *Annales du Midi*, tomo XIV, 1902.

(3) Véase anteriormente, pág. 411.

durante cien años y que fué sucesivamente gobernado por Rodolfo II (933-937), por Conrado (937-993) y por Rodolfo III (993-1032), el cual lo entregará á Alemania, bajo cuya dominación tomará, á causa de su capital, el nombre de reino de Arlés (4).

Así se desmembró la región incoherente y ficticia creada entre Francia, por un lado, y Alemania é Italia por otro. Después de desórdenes y vicisitudes de toda clase, cada uno de sus fragmentos se unió á Alemania, no obstante ser territorios de lengua francesa una parte de Lorena y el reino de Arlés, excepción hecha de algunos cantones del Nordeste; lo cual es debido á que desde el siglo IX al XI la Alemania está mejor organizada y es más poderosa que la Francia occidental. Esta no se resignó, sin embargo, á que Alemania tomara posesión de la zona intermedia, y nuestros mismos débiles monarcas del siglo X tratan de reconquistar algunas partes de la misma. Más adelante, cuando la monarquía francesa se habrá vigorizado y Alemania, por el contrario, habrá caído en la anarquía, Francia dirigirá hacia este lado su política y sus armas: aquella zona intermedia fué el campo cerrado en donde combatieron los dos países vecinos con varia fortuna, según que fuera el uno ó el otro el más vigoroso.

II.—La Francia occidental. Los reinados de Eudo, de Carlos el Simple, de Roberto y de Raúl (888-936)

Durante cerca de un siglo, no pudo saberse á punto fijo si la Francia occidental sería independiente ó caería bajo la soberanía de Alemania.

Después de la deposición de Carlos *el Gordo*, algunos obispos, condes y señores se reunieron en asamblea para elegir rey, y descartando por segunda vez al hijo de Luis *el Tartamudo*, Carlos, que sólo contaba diez años, eligieron al conde de París, Eudo, hijo de Roberto *el Fuerte*, sin duda porque fué el único que parecía capaz de defender el reino contra los normandos. Eudo (5) fué coronado y consagrado en San Cornelio de Compiègne, en 28 de febrero de 888, y cuatro meses después, en junio, encontró en Montfautcon-en-Argonne, en territorio lorenés, una partida de normandos y obtuvo sobre ellos una brillante victoria, después de haber congregado sus tropas al son del cuerno, «sonido tan potente, que sólo una boca real podía producirlo semejante.»

Subsistía, sin embargo, en Francia un partido carlovingio. Un príncipe de origen carlovingio, Guido, duque de Espoleto, llegó de Italia y pudo hacerse consagrar rey en Langres por el obispo de esta ciudad, si bien hubo de retirarse por no haber encontrado apoyo. Pero Carlos, hijo de Luis *el Tartamudo*, había hallado asilo cerca de Rannulfo, conde de Poitiers y duque de Aquitania, y tenía en su favor al conde de Flandes, á Folco, arzobispo de Reims, y á otros prelados y grandes señores. Eudo solicitó el auxilio del rey de Alemania, á quien fué á encontrar en Worms, y Arnulfo le reconoció, declarándose en cambio aquél vasallo suyo: el carlovingio había en cierto modo legitimado la elección del rey advenedizo.

(4) Véase P. Fournier, *Le royaume d'Arlés et de Vienne*, París, 1891.

(5) Sobre el reinado de Eudo consúltese la obra de Eduardo Favre citada en la pág. 412.

Mas no tardó en eclipsarse la buena estrella de Eudo: los normandos se presentan á la vez en todas partes, asestando sus golpes allí donde menos se les espera; Eudo sufre varios reveses, y en 889 compra la retirada de una partida que operaba en las inmediaciones de París, en 890 deja escapar otra en Garbigny, cerca de Noyón, y en 891 no logra cercar á una fuerza enemiga en Wallers, cerca de Valenciennes. El reino volvía á las miserias de los tiempos de Carlos *el Calvo* y de Carlos *el Gordo*, cuando el arzobispo de Reims, Folco, tomó la dirección del partido del joven Carlos, á quien había recogido á la muerte de Rannulfo, y en 28 de enero de 893 le coronó rey en la basílica de San Remigio, durante una expedición de Eudo á Aquitania.

Eudo se sostuvo mientras conservó el apoyo del soberano alemán, pero en 894, Arnulfo, conquistado por el arzobispo Folco, se declaró en favor de Carlos, á quien recibió en Worms, confiriéndole el reino del Oeste. De este modo Arnulfo, carlovingio bastardo convertido en protector de un carlovingio legítimo, confirmaba brillantemente su soberanía sobre la Francia. Los condes y señores del Mosa recibieron orden suya de prestar auxilio á Carlos y de restablecerle en el trono.

Entonces estalló entre los dos adversarios una guerra encarnizada en la que intervino Arnulfo en varias ocasiones, intimidando á Eudo y á Carlos á que se presentaran ante él y citándoles á juicio para dirimir, como árbitro, sus contiendas. A principios de 897 y después de tres años de guerra, los dos adversarios llegaron á un acuerdo: Eudo consintió en ceder á Carlos una parte de su reino, cuyo centro fué, según todas probabilidades, la ciudad de Laón, y «aun le prometió más;» como no tenía hijos, sin duda le reconoció como sucesor eventual. Poco tiempo después, habiendo caído enfermo en Fere-sur-Oise, rogó á los señores que le rodeaban que reconocieran á Carlos, y en efecto, después de su muerte, todos se declararon por el hijo de Luis *el Tartamudo*, incluso el propio hermano de Eudo, Roberto. Este había recibido de Eudo, que se lo había cedido á su advenimiento al trono, el condado de París, el Anjou, la Turena y Blois; además la abadía de Saint-Martin de Tours y posteriormente un importante mando militar entre el Sena y el Loira. Aparte de esto, poseía considerables beneficios, entre los cuales estaba la abadía de Saint-Aignan de Orléans. Era, pues, el señor más poderoso del reino. Carlos *el Simple* le dejó todas sus dignidades: el rey y el duque parecían completamente de acuerdo.

Los cronistas se han mostrado severos con Carlos *el Simple*, que reinó desde 898 á 923 (1), agregando á su nombre los epítetos más ofensivos, como *Simplex*, *Stultus*, *Hebes*, *Insipientis*, *Parvus*, *Minor*; y aun hoy en la nomenclatura de los reyes de Francia figura con el humillante título de Carlos III *el Simple*. Y sin embargo, por su iniciativa se realizaron dos sucesos importantes: en primer lugar, con el establecimiento de los normandos en el Bajo Sena, puso término á las invasiones que desde hacía casi dos siglos devastaban el reino franco; en segundo, conquistó la Lorena y durante un cierto

(1) A. Borgnet, *Etudes sur le regne de Charles le Simple*, en las «Mémoires de l'Académie royale de Bruxelles,» 1843; Augusto Eckel, *Charles le Simple*, en la «Bibliothèque de l'Ecole des Hautes Etudes,» 1899 (fascículo 124).

número de años extendió su autoridad hasta el Rin.

Las invasiones normandas se sucedían con su acompañamiento ordinario de saqueos, asesinatos y miserias: en 898, encontramos á los normandos en el Vimen, en donde Carlos derrota una de sus partidas; poco después, los vemos en Borgoña, en donde incendian los monasterios de Beze, Saint-Florentin y Saint-Vincent; y en 903 aparecen delante de Tours y entregan á las llamas la abadía de Saint-Martin. En 910 un caudillo célebre, Rollón, se presenta al pie de las murallas de París y al ser rechazado devasta el Dunois y el país de Chartres, á cuya capital pone sitio (2). Roberto, conde de París, Ricardo, duque de Borgoña, y Ebles, conde de Poitiers, corren á socorrer la ciudad; el obispo de Gouteaume, desplegando la camisa de la Virgen que se guardaba en el tesoro de la catedral, realiza una salida, y los normandos emprenden la retirada. Carlos se aprovecha de su derrota para entablar negociaciones con ellos y en Saint-Clair-sur-Epte celebra una entrevista con el caudillo normando Rollón, el cual se obliga á cesar en todo ataque y á abrazar el cristianismo, á cambio de lo cual el rey le cede un territorio que de hecho ocupaban los bárbaros hacía mucho tiempo, cuyo centro era la ciudad de Ruán y que se extendía de una parte hasta el río Epte y de otra hasta el mar (3). Mas como este territorio, asolado por las continuas guerras, estaba inculto, y los normandos no podían hallar en él medios de subsistencia, Carlos les abandonó la vecina Bretaña prometiéndoles hacer la vista gorda sobre sus incursiones por este lado. Los bárbaros juraron respetar las demás regiones y el reino franco pudo respirar; los labriegos sembraron sus campos y cosecharon sus trigos y las reliquias sagradas fueron conducidas nuevamente á los monasterios.

El tratado de Saint-Clair-sur-Epte, que de tan felices consecuencias había de ser para el reino, fué también un beneficio para los territorios cedidos á Rollón. El gran caudillo normando se hizo bautizar solemnemente por el arzobispo de Ruán, apadrinándole Roberto, conde de París, que le puso su nombre, y sus compañeros imitaron su ejemplo, no tardando en demostrar por su nueva religión un celo de neófito. Fundáronse ó se restauraron importantes abadías, como las de Jumieges, Saint-Wandrille y Fecamp, y aquella provincia llegó á ser una de las más cristianas de Francia. Al mismo tiempo se reconstruyeron las aldeas, muchas de las cuales recibieron nombres germánicos, como Torp-en-Caux, Torp-en-Lieuwin (*Torp*, *Dorf*, aldea), Houlgate (*gate*, *gasse*, calle), Barfleur, Harfleur, Honfleur (*fleur* derivado del noruego *floodh*, bahía), Dieppe, de la palabra *diup*, profundo, y todas las terminadas en *beuf*, de la raíz *boð*, vivienda, como Quillebeuf, Elbeuf, Criquebeuf, Danbeuf (4), etc. La misma región tomó de los

(2) Véase René Merlet, *Les comtes de Chartres, de Chateaudun et de Blois aux IX^e et X^e siècles*, en las «Mémoires de la Société archéologique d'Eure-et-Loir,» tomo XII (1897), págs. 77 y siguientes. J. Lair, *Le siège de Chartres par les Normands*, en el «Congrès archéologique de France,» 1900, págs. 176-225.

(3) No creemos que la Baja Normandía quedara comprendida en la concesión de Carlos *el Simple*. Más adelante veremos que Bayeux no fué cedida á los normandos hasta 923.

(4) Littré, *Etudes et glanures*, París, 1880, pág. 116. Carlos Joret, *Des caractères et de l'extension du patois normand*, París, 1883.

nuevos ocupantes el nombre de Normandía y sus caudillos son denominados en los diplomas de los reyes de Francia *comites Normannorum* y se titulan á sí mismos *duces et marchiones Normannorum*.

Rollón dió á sus nuevos súbditos leyes muy sabias. Si hemos de dar crédito á los relatos épicos, verdaderas *sagas* escandinavas, el robo acabó por ser cosa desconocida en Normandía: los labradores dejaban durante la noche los arados en los campos; los rebaños no tenían guardianes; un anillo de oro suspendido á un árbol permaneció allí tres años sin excitar la codicia de nadie, y aun estaba prohibido encerrar nada bajo llave. Los normandos se amoldaron á las costumbres francesas, aprendieron el idioma del país y ya la segunda generación había casi olvidado la lengua germánica; ello no obstante, conservaron la afición á las aventuras y á las empresas lejanas, de suerte que en el siglo XI el espíritu de sus antepasados les impulsará hacia el Sur de Italia, hacia el Oriente y hacia Inglaterra. Estos bárbaros que tan á menudo habían pasado á sangre y fuego la Francia serán los más activos propagandistas de la lengua y de la civilización francesas.

Tranquilo por lo que al Oeste se refería, pudo Carlos extender su dominación sobre la Lorena; ya en 898 había intervenido en los asuntos de aquel país, llamado por los señores loreneses que se habían rebelado contra Zwentibold, habiéndose entonces apoderado de Aquisgrán y habiendo celebrado consejo en Nimega, la antigua residencia de Carlomagno, si bien después consintió en retirarse á instancias de los preladados de la región.

Más favorables circunstancias se le ofrecieron en 911: Luis *el Niño*, el último carlovingio de Alemania, había muerto recientemente y los señores alemanes habían elegido rey á Conrado, duque de Franconia; pero los loreneses, amantes de la familia carlovingia, originaria de los países situados entre el Mosa y el Rhin, y que conocían al rey Carlos que en distintas ocasiones había residido entre ellos y con quien muchos estaban unidos por lazos de parentesco, se dirigieron á él y le proclamaron rey suyo. Carlos fué á tomar posesión de su nuevo reino, presentándose en Alsacia; nombró obispos, confirmó en la posesión de sus bienes á las abadías y vivió en buena inteligencia con los señores, especialmente con Reniero, que ejercía un mando militar en el Bajo Mosa. La Lorena continuó, sin embargo, constituyendo un reino aparte y Carlos fechó sus documentos contando á la vez desde su advenimiento al trono de los reyes francos y del día «en que obtuvo una herencia más vasta.»

Carlos conservó durante mucho tiempo la posesión pacífica de la Lorena: de sus dos reinos, éste era su preferido, permaneciendo en él largas temporadas, en las antiguas residencias de sus mayores, Gondreville, Thionville y Heristal, defendiendo aquel territorio contra dos tentativas de Conrado, rey de Alemania, y triunfando de una primera rebelión del hijo de Reniero, Giselberto (Gilberto), que fué desleal y recurrió á Enrique I, sucesor de Conrado. Este, en una entrevista celebrada en una almadía instalada en el centro del Rhin, en Bonn (7 de noviembre de 921), vióse obligado á reconocer á Carlos la posesión de la Lorena; Carlos, por su parte, perdonó á Giselberto y le restituyó sus honores.

Los señores de la Francia occidental estaban irrita-

dos por la preferencia que Carlos demostraba por su nuevo reino y tenían además contra él otros motivos de queja. El rey daba oídos gustoso á los consejos de un hombre de baja estofa, Haganón, sin duda de origen lorenés, siguiendo sus opiniones en todos los asuntos; y aquel ministro quería probablemente la restauración del poder real y la humillación de los magnates. Sólo se obtenían favores por mediación de Haganón, quien mientras atendía á los intereses de su señor no olvidaba los suyos propios, como lo prueba la circunstancia de haberse hecho dar numerosas abadías. Roberto, conde de París, que pretendía ser después del rey el primer personaje del Estado, irritado por ese favor concedido á un hombre de tan humilde cuna, se sublevó y con él se sublevaron la mayor parte de los grandes barones del reino del Oeste que se aliaron con Giselberto, nuevamente en rebeldía. En 29 de junio de 922, Roberto fué elegido rey; Carlos reunió entonces un

ejército compuesto en buena parte de loreneses y en 14 de junio de 923 presentó batalla cerca de Soissons. Roberto murió en el combate y la victoria iba á decidirse en favor de Carlos, cuando la llegada de Herberto, conde de Vermandois, y de Hugo, hijo de Roberto, obligó á las tropas lorenesas á ceder.

Roberto dejaba un hijo, Hugo, pero los magnates eligieron rey á Raúl, duque de Borgoña, señor de los señores de aquella región, en la que poseía directamente los condados de Autún, de Avallón y de Lassois, y además abad de Saint-Germain de Auxerre y de Sainte-Colombe de Sens. Su elección, sin embargo, se debió principalmente á su parentesco con el rey Roberto, con cuya hija se había casado. Su joven cuñado, Hugo, se retiró, y Raúl fué consagrado en 13 de julio por el arzobispo de Sens en la iglesia de San Medardo de Soissons (1). Carlos cometió la torpeza de fiar en la palabra de Herberto de Vermandois (2), quien le prometió ayudarle contra Raúl y á quien se entregó, permaneciendo por espacio de seis años encarcelado, primero en Chateau-Thierry y después en Peronne. Murió en 929 y su viuda Ojiva, hija de Eduardo *el Viejo*, rey de los anglosajones, con quien se había casado en segundas nupcias, fué á refugiarse al lado de su padre con su hijo Luis, que contaba dos años de edad.

Los comienzos de Raúl no fueron afortunados. Los señores del Mediodía se negaron por de pronto á reconocerle y escribían al pie de sus cartas: «El primero, el segundo año después que los príncipes francos pérfidos hubieron arrojado á Carlos de su trono y elegido á Raúl.» El rey tuvo paciencia. Los normandos, no creyéndose obligados con él, reanudaron sus expediciones y fué menester confirmarles en sus antiguas posesiones y aun añadir á ellas Bayeux y el Mans (3). Preciso fué

(1) Acerca del reinado de Raúl, véase W. Lippert, *Geschichte des westfränkischen Reiches unter König Rudolf*, Leipzig, 1885; la misma obra con el título de: *König Rudolf von Frankreich*, Leipzig, 1886. M. Labande prepara la historia del reinado de Raúl en la «Bibliothèque de l'Ecole des Hautes Etudes.»

(2) Vermandois era, como Raúl, yerno del rey Roberto.

(3) En aquel momento la Normandía vió aumentar considerablemente su territorio. El arzobispo de Ruán, preguntado por Rollón acerca de los nombres de las principales iglesias y abadías de su reino, cita, al decir del cronista Dudón de Saint-Quentin, Ruán, Bayeux, Evreux y Jumièges. El Mans fué más adelante rescato del poder de los normandos.

asimismo comprar la retirada de los normandos establecidos en el Loira. En diversas ocasiones se recaudó en el reino un impuesto general; *fit pecunia collectiva* es una frase que se repite con frecuencia en los *Annales* de Flodoardo. Además, aparecieron en el reino nuevos enemigos, los húngaros, que, procedentes de las estepas del Asia como los hunos y los avaros, penetraron en 926 en Francia, después de haber invadido la Lorena, y avanzaron hasta el territorio de Vouziers. La ciudad de Reims, adonde habían sido transportadas á toda prisa las reliquias de las iglesias vecinas, vióse amenazada. Los húngaros repitieron varias veces sus incursiones.

En aquel entonces, Francia pierde la Lorena. Dos partidos habíanse formado en esta región después de la deposición de Carlos *el Simple*, uno favorable á Raúl y otro á Enrique I de Alemania. En 923, Raúl intentó en vano apoderarse de Saverne, al pie de los Vosgos, y habiendo reaparecido por allí en 925, recibió el homenaje de casi todos los señores incluso Giselberto; pero apenas hubo abandonado aquel territorio, presentóse Enrique I y aquellos mismos señores se declararon partidarios de éste. Desde entonces la Lorena deja de formar un reino independiente para convertirse en un ducado alemán, confiriéndose la dignidad ducal á Giselberto, que se casa con Gerberga, hija de Enrique.

El rey Raúl era, pues, desgraciado en sus empresas y hasta sus antiguos partidarios se declaran en contra suya: Herberto de Vermandois cree llegado el momento propicio de obrar, se apodera del arzobispado de Reims, haciendo elegir arzobispo á su propio hijo Hugo, que no cuenta cinco años (925), é intenta además hacer suyo el condado de Laón (927); y cuando Raúl protesta, saca de la cárcel á Carlos y lo presenta á Rollón y á los normandos que le tributan homenaje. El rey estaba irremisiblemente perdido cuando le salvó la intervención de su cuñado Hugo, que restableció la paz entre él y el conde de Vermandois.

A la muerte de Carlos *el Simple*, sin embargo, la fortuna volvió á mostrarse propicia con Raúl, quien alcanzó en Limoges, contra los normandos del Loira, una victoria de tanta resonancia como las conseguidas en otro tiempo por Luis III en Saucourt y Eudo en Montfaucon. Entonces los señores aquitanos le reconocen por rey y los condes de Auvernia, de Tolosa y de Rouergue datan en lo sucesivo sus diplomas según los años de su reinado; y al morir el primer duque de Normandía, Rollón, en 933, su hijo, Guillermo *Larga Espada*, presta homenaje al rey, quien le cede el Avranchin y el territorio de Cotentin, completándose de este modo por donaciones sucesivas el ducado de Normandía. Los húngaros no inspiran, por el momento, ningún temor, pues Enrique I de Alemania acaba de infligirles una gran derrota á orillas del Unstrutt (13 de marzo de 933), rechazándolos hasta la cuenca del Theiss, en donde se confunden con los restos de los hunos y de los avaros. Raúl extiende además las fronteras de su reino y durante algún tiempo (933) es dueño de Vienne, á orillas del Ródano.

Raúl se encarnizó con Herberto de Vermandois, que seguía molestándole: en efecto, hizo nombrar para la sede de Reims al monje Artaud, en lugar del joven Hugo; arrebató á Herberto la ciudad de Amiéns y la fortaleza de San Quintín y le sitió en Peronne y en

Chateau-Thierry, no restableciéndose la paz hasta 935, en una entrevista que á orillas del Chiers celebraron Raúl y el rey de Alemania Enrique I, que había sido nombrado árbitro entre los dos partidos. Raúl consintió en restituir á Herberto una parte de sus posesiones.

Al regresar de esta entrevista murió Raúl repentinamente en Auxerre, en 14 de enero de 936, siendo enterrado en la iglesia de Santa Colomba de Sens, á la cual legó su magnífica corona incrustada de diamantes. Muerto sin hijos, parecía destinado á sucederle su cuñado Hugo; pero éste, que era hombre prudente, presintió que contra él se sublevarían los grandes señores, particularmente Herberto de Vermandois y Hugo *el Negro*, hermano de Raúl y su sucesor en el ducado de Borgoña, y en vez de ceñirse la corona prefirió llamar al hijo de Carlos *el Simple* (1), Luis, llamado *de Ultramar* ó *el Inglés*, quien desembarcó en Boulogne, recibió el homenaje de los magnates y fué consagrado en Laón, en 19 de junio de 936, por el arzobispo Artaud. Hugo esperó, sin duda, que gobernaría en nombre de Luis y que, aunque sin título, sería el verdadero rey.

III.—Los últimos reyes carlovingios: Luis de Ultramar, Lotario y Luis V. Cambio de dinastía en 987.

Hugo, á quien los cronistas llaman *el Grande*, aparece primeramente como protector del joven rey, á quien acompaña en una excursión por el ducado de Borgoña (2); mas no tarda en percatarse de que Luis, inteligente, activo y orgulloso, no consentirá su tutela, comenzando entonces entre el monarca y el más poderoso de sus vasallos una guerra, que se prolongará durante todo el reinado, y formándose con este motivo dos partidos: el del rey, que consigue atraerse á los duques de Normandía y de Borgoña, y el de Hugo, que tiene á su lado á sus numerosos vasallos y al conde Herberto de Vermandois.

Los dos adversarios buscan apoyo en Alemania, en donde Otón I, hijo de Enrique I, había sido elegido rey, en 936, por los obispos y señores alemanes y coronado en la iglesia de Aquisgrán. Solicitado por los dos partidos franceses, su política consistió en no inclinarse más á uno que á otro; pero Luis *de Ultramar* le disgustó reproduciendo las pretensiones de su padre sobre la Lorena é invadiendo este país (938), á instancias del duque Giselberto, en el instante en que ocurrían desórdenes en Alemania. Apaciguados estos disturbios y muerto Giselberto, que perece ahogado en el Rhin, Otón queda en libertad de acción para vengarse de Luis, y aliado con el duque de los francos, que se ha casado con su hermana Hadwigis (Avoie), invade la Francia en 940, presentándose en Attigny, y en ese viejo palacio en donde Carlomagno recibiera en otro tiempo la sumisión de los sajones, Otón, duque de Sajonia y rey de Alemania, recibe el homenaje de Hugo y de Herberto. Avanza luego hasta las inmediaciones de París, y el duque de Borgoña, Hugo *el Negro*, se ve obligado á darle rehenes. Hugo *el Grande*, apoyado de este modo por el

(1) Hugo era tío de Luis *de Ultramar* por haberse casado con Eithila, hija de Eduardo *el Viejo*.

(2) Acerca del reinado de Luis IV *de Ultramar*, véase Lauer, *Louis IV d'Outre-Mer*, en la «Bibliothèque de l'Ecole des Hautes Etudes,» 1899 (fascículo 127).